

IRIS



ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

❖ IRIS ❖

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

❖ REVISTA SEMANAL ILUSTRADA ❖

ANDALUCÍA

POR

MARTÍNEZ BARRIOSUEVO

68 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada
con tapas especiales, 7850 pesetas.

EL LLANTO DE UNA HIJA

POR

ALVARO CARRILLO

63 cuadernos, que forman 2 tomos, 1575 pesetas.
Encuadernada, 1875 pesetas.

LAS MUJERES DE CORAZON

POR

ALVARO CARRILLO

35 cuadernos, que forman 2 tomos, 1750 pesetas.
Encuadernada, 2050 pesetas.

REINAR DESPUÉS DE MORIR

POR

M. AMOR MEILÁN

Adornan la obra preciosas láminas. — 65 cuadernos,
que forman 2 tomos, y encuadernada, 1950 ptas.

POR TODO MARRUECOS



POR

JULIÁN ÁLVAREZ DE SESTRÍ

Obra ilustrada con magníficos grabados, según fotografías ó dibujos del natural. — Un tomo en tela, 750 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

LAS FIESTAS DEL PILAR EN ZARAGOZA



ASPECTO DEL TEMPLO DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR VISTO DESDE UNA AZOTEA

rridas de toros, que no revisten en Zaragoza el aspecto que en otras partes, ni dan lugar á *disloques*, como tampoco era de esperar faltasen los castillos de fuegos artificiales, bailes populares, funciones de teatro, reparto de premios, retretas militares, fuentes luminosas, etc.; pero, aparte de esto, que no tiene nada de particular, ha habido, como ya saben nuestros lectores, la famosa procesión del Rosario, la fiesta de la jota, la gran feria de ganados y se ha colocado la primera piedra del monumento á los mártires de la Religión y la Independencia, sublimes ideales en que se compendia el sentimiento más hondo en el corazón

El pasado domingo, 22, tuvieron término las fiestas de Zaragoza, con brillantez en nada inferior á la animación y alegría con que dieron comienzo. El carácter de las fiestas zaragozanas ha sido genuinamente propio y ha quedado demostrado una vez más que las diferentes regiones españolas *dan de sí* lo bastante para crear belleza, inconfundible con otra. No han tenido necesidad en Zaragoza de ir á mendigar espectáculos exóticos, que hubieran cuadrado mal con el genio independiente y fuertemente acentuado de aquellos habitantes, y todo cuanto se ha hecho ha resultado tan bueno como oportuno. No podían faltar las co-



ÚLTIMA OVACIÓN TRIBUTADA Á «GUERRITA»

de los zaragozanos. Este monumento fué decretado ya por las Cortes de Sevilla, en 1809, y las reunidas en Cádiz los años 1811 y 1813, para perpetua glorificación de los que defendieron la inmortal ciudad contra los ejércitos del usurpador francés.

El monumento se levantará en la plaza de la Constitución y será verdaderamente grandioso, habiendo corrido su proyecto á cargo del reputado arquitecto D. Ricardo Magdalena, bien conocido en Zaragoza y fuera de ella por sus notables obras. Presidió el acto el arzobispo, Sr. Alda, y pronunció un elocuentísimo discurso alusivo á la ceremonia el canónigo de aquella catedral, Sr. Jardiel.



FACHADA DEL TEATRO PRINCIPAL



PUENTE DE HIERRO SOBRE EL EBRO

Ayuntamiento de Madrid

ELDORADO.-LA LUZ VERDE.

Ya era hora de que respirásemos un poco fuera de la atmósfera aflamencada, y eso se ha logrado, á lo menos por espacio de cuarenta ó cincuenta minutos, con la zarzuela *La luz verde* de Fiacro Irayzoz y el maestro Amadeo Vives. Trátase de una obrita en la cual se advierte ingenio, cultura y buena intención por parte del poeta, y en que el músico ha hecho alarde de originalidad, personalidad y ciencia. ¿Habrás visto mayor portento? ¡Ahoreaos, A, B, C, D, E, F, G, etc.!

El argumento no es cosa que pueda hacer estremecer los huesos de Dumas en su tumba, en punto á travesura; es una *dilución* de otros argumentos, pero á pesar de su falta de inventiva, interesa, y con toda su inocencia ó noñería, entretiene, lo que no es poco decir. ¡Interesar sin chulos, ni cesantes, ni municipales, ni borrachos, ni toreros, ni golfos! El maestro Vives, que se hombreó, hasta dejarle tamañito, con D. Francisco de Rojas, se ha mostrado lleno de longaninidad, y no queriendo eclipsar *totalmente* á Irayzoz ha procurado atenerse á su paso y ha escrito una música lindísima, apropiadísima, bellísima, sin jotas, ni mazurkas, ni americanas, pero muy al caso, que si no se pega al oído como *la falda de percal planchó* ó *No me mates de Bruto Charras*, *Churro Bragas* ó como se llame (32.^a repetición) cuando menos llega á la cabeza, y no se queda por la epidermis.



CUADRO PRIMERO.—CORO DE LAS HILANDERAS.



CUADRO PRIMERO.—ESCENA DE AMOR



CUADRO SEGUNDO.—DUO DE LAS CAMPANAS

Además, dado el actual estado de España (y su estado pretérito), es indudable que la profesión del torero es la más socorrida, y sería cometer un verdadero acto de crueldad querer desviar á la juventud de una senda al cabo de la cual se puede encontrar uno con un par de millones, ó tres, cuando de ser labrador, cerrajero, abogado, marinero, maquinista ó boticario el porvenir se reduce á ir tirando, y gracias. Por lo tanto, no habría porque escandalizarse en demasía si se cerraran unas cuantas universidades y se abrieran algunas Academias de Tauromaquia; siempre ganarían más los graduandos en el arte de matar reses bravas que no los licenciados en derecho ó en filosofía.



¿Que se retira el Guerrita?
¡Pues aquí está, Jindamita!

Sr. Sanz Escartín y mientras se trababan los embargos celebrábase una *juerga taurina* en nuestro circo, lleno de bote en bote de ciudadanos y ciudadanas. —KECK.



—¿Sabe usted si en el expreso de Madrid ha ll. gado la regeneración?
—No, señor; sólo han venido toreros.



—A pesar de mis cincuenta años todavía tengo el corazón de una joven.



—¡Vamos los tener que pagar impuesto por utilidades después de llamarme tantas veces inútil!

Ayuntamiento de Madrid



RECUERDO TRISTE

No puedo recordar aquella noche
de goces y de aromas saturada
sin que me sienta el alma lacerada
y experimente al par dicha y dolor.

Los dos junto al balcón mirando el cielo
quizás envidia dando á alguna estrella;
mirando de los astros la luz ella
y yo buscando en su alma nuevo amor.

El fuego de sus ojos abrasaba
cuando al volverlos hacia mí decía:
—¿Me quieres? —Sí, te quiero, vida mía.
¡Cuán feliz soy estando junto á ti!

Y entrelazadas, luego, nuestras manos
y estrechadas en mágico embeleso
nos dimos á hurtadillas dulce beso
y un fuego dentro mi alma arder sentí.

—¿Me quieres? —Yo te quiero y tú ¿me quieres?
al par y en un momento repetimos,
y mil y mil promesas nos hicimos
gozando de una dicha sin igual.

—Te quiero para siempre,—repetía,
y el fuego de sus ojos abrasaba,
te quiero para siempre, murmuraba,
el fuego de mi amor será inmortal.

Mas ¡ay! que con la ausencia, cruel tirana,
y el tiempo, que fugaz ha transcurrido,
la víctima yo fui del triste olvido
y sus promesas no cumplió de amor.

Por eso no recuerdo aquella noche
de goces y de aromas saturada
sin que me sienta el alma lacerada.
y experimente al par dicha y dolor.

NARCISO PEÑAFLORES





Eran las seis de la mañana de un día de febrero, y comenzaba á teñirse el horizonte con los primeros albores del crepúsculo. Había llovido la noche antes, extendiéndose por doquier una densa niebla y no hay porque decir si sería espesa la capa de barro que cubría la *vía pública*.

El carro de los muertos, salido del Hospital Militar, atronaba las silenciosas calles con su traqueteo ruidoso; salió por una de las puertas de la vieja muralla y se dirigió hacia el cementerio.

Detrás de él iban un hombre y una mujer, ancianos, y un perro pachón, gruñendo.

El carro iba siguiendo por la carretera, larga, recta, fangosa. A un lado levantábase una serie de colinas de peladas rocas; al otro lado un viejo acueducto, cuyas arcadas parecían mirar como descomunales ojos.

—Teresa,—exclamó el viejo,—¡qué desgraciados somos! ¡Quién nos tenía que decir que debíamos enterrar á nuestro pobre hijo! ¡Malhadada la hora en que fué á servir al rey!

—Bien me lo tenía yo, Pedro,—respondió la mujer.—¡Ah! ¿Por qué no me creyó Miguel cuando le dije...

—Ya ¿á qué recordar eso? Déjalo.

—¡Pobre hijo mío! ¡Qué vida de trabajos desde pequeñín! Apenas si asistió á la escuela, y no tenía ocho años aun cuando ¡arrel! á recoger estiércol, á abreviar al rucio; ahora échate á cuestras cuévanos y sacos y haces; al mercado á llevar fruta; quédate á velar por el regadio; pásate las noches de claro en claro, madruga, trabaja sin descanso, y cuando llegamos á viejos y Miguel está hecho un hombre. ¡anda! que te esperan para quintarte, sale soldado, y á la Habana me voy...

—¿Qué le vamos á hacer, Teresa? Era su destino.

—Pedro, no me apures la paciencia con esas sandeces. Vas á hacer que me salga de mis casillas. ¡Pobre Miguel! ¡Así no le hubiese parido nunca!

—¡Teresa! Eso es blasfemar. Si no hubiésemos tenido hipotecada desde hace tantos años la huerta, la habríamos mal vendido para que no hubiese ido Miguel á servir; pero ¡si no ganamos para los réditos que le hemos de pagar al logrero, á doce reales por duro al año!

—¿Qué me cuentas, tú!—dijo la vieja.—Y ¿qué piensas hacer ahora?

—¡Pues, nada! Vamos á vender el rucio, y que se quede con la huerta el ladrón de D. Andrés. Te vas tú á las *Hermanitas* y yo á pedir limosna á la puerta de la Seo, y si mañana caigo enfermo, en el Hospital cuidarán de recogerme.

—Bien arreglado lo vas á dejar, Pedro. ¡Ay Dios mío! Pues lo que yo quisiera es morirme, cuanto antes mejor, para no haber de sufrir tanto.

Ya en esto había llegado el carro á la puerta del cementerio, y al entrar el ataúd con los dos viejos y el perro detrás, se acercó hacia ellos una joven vestida de luto, llorosa, que salió de entre los cipreses donde, al parecer, estaba esperando.

—¡Cándida!—exclamó la vieja, con gesto avinagrado.—¿Tú aquí?

—Sí, señora,—respondió la muchacha.—Oí decir que enterrarían á Miguel de madrugada... y he venido para verle por última vez.

—Bien, bien, mujer, ya lo verás,—dijo el viejo.

—¿Quieren verlo ustedes?—exclamó á esto con voz bronca y aguardentosa el sepulturero.—Si hay propina, no diré que no.

—Claro que la habrá, maestro,—respondió el anciano.

El sepulturero, gruñendo, levantó la tapa quitando los clavos, y los tres se acercaron á mirar dentro del ataúd.

Abalanzóse Cándida, cogió las manos del muerto y rompió en tales gritos que se oían por todos los ámbitos del cementerio.

—¡Miguel! ¡Miguel!—exclamaba.—¡Mirad como me lo han devuelto! ¡Y parecía un ramillete de flo-

res el día que partió! ¡Estás muerto! ¡Muerto, vida mía! ¡Miradlo! ¡Pobre Miguel! ¡Qué herida tiene en la cabeza! ¡Me lo han matado aquellos grandes ladronazos! ¡Maldita la sangre...

—¡Calla, mujer, calla! ¡No blasfemes!—interrumpió el viejo horrorizado.

—¡Miguel! ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Miguel! ¡Qué haré yo sin ti en el mundo! ¡Jamás te volveré á ver! ¡Jamás!

—Vamos, Cándida... ¿qué remedio tiene? Respetemos la voluntad de Dios. De fijo que está en el cielo... Déjalo...—dijo el viejo.

—Quiero verle un momento más... un momento nada más...

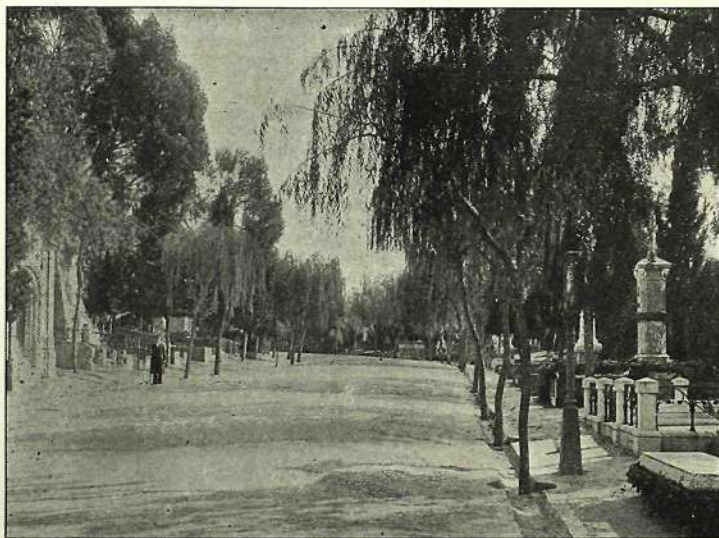
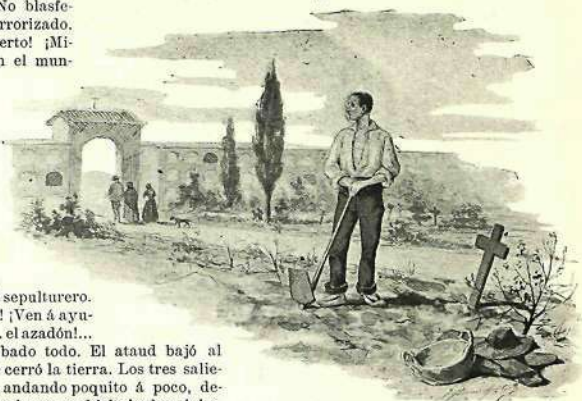
—Pues, chica, si te parece nos estaremos aquí hasta mañana,—refunfuñó el sepulturero.

—¡Anda, Joaquín! ¡Corriendo! ¡Ven á ayudarme! ¡Las cuerdas... la cal... el azadón!...

Poco después había acabado todo. El ataúd bajó al fondo de la fosa y sobre él se cerró la tierra. Los tres salieron llorando del cementerio, andando poquito á poco, deteniéndose á cada paso para volverse, cabizbajos los viejos, gimoteando Cándida, gruñendo el perro pachón.

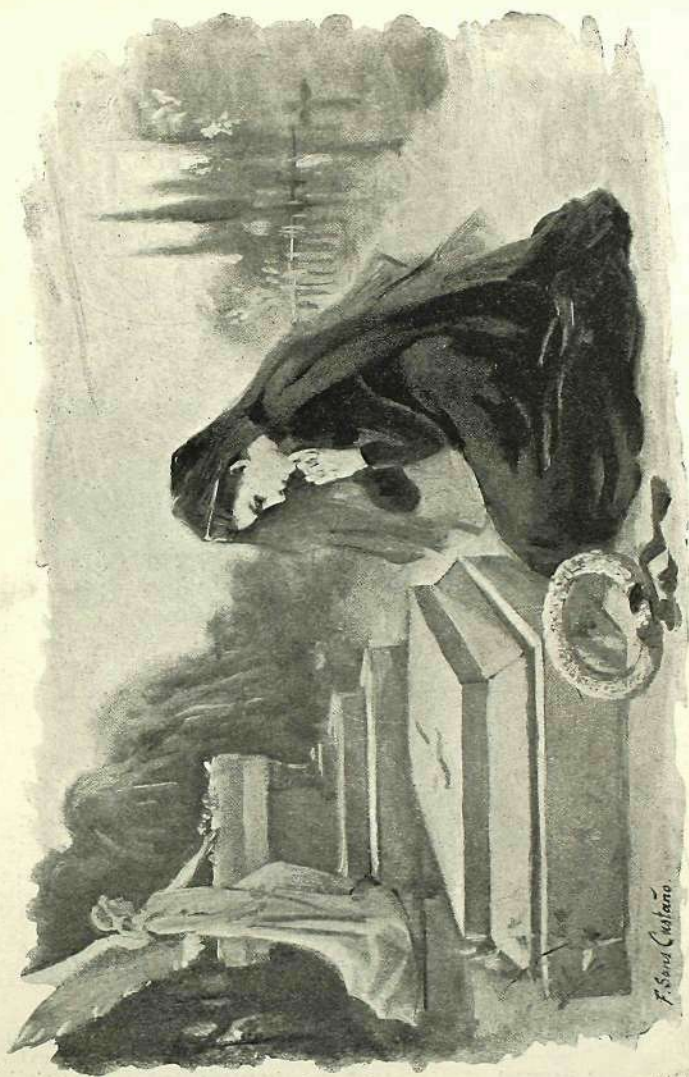
Ya había salido el sol; la gente iba á su trabajo y dentro de la ciudad como si no hubiese pasado nada.

ALFREDO OPISSO



BARCELONA: UNA AVENIDA DEL CEMENTERIO DEL SUDOESTE

Ayuntamiento de Madrid



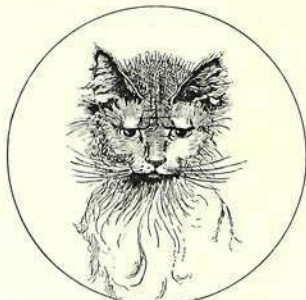
LA TUMBA DEL SER QUERIDO

Ayuntamiento de Madrid

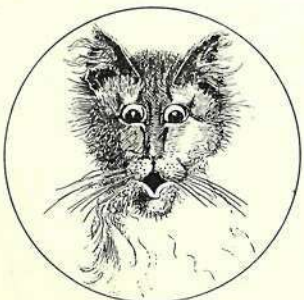
BUENA CAZA, por Enciso



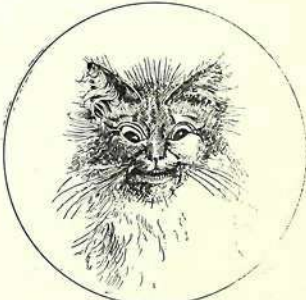
1. — ¡Parece que se nota un olorcillo muy agradable.



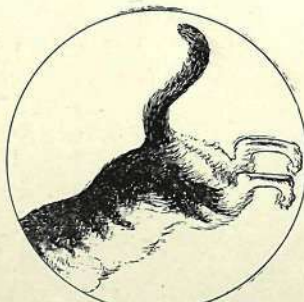
2. Y hasta que se escucha un ruido sospechoso.



3. ¡Cielos! ¡Qué buena presa!



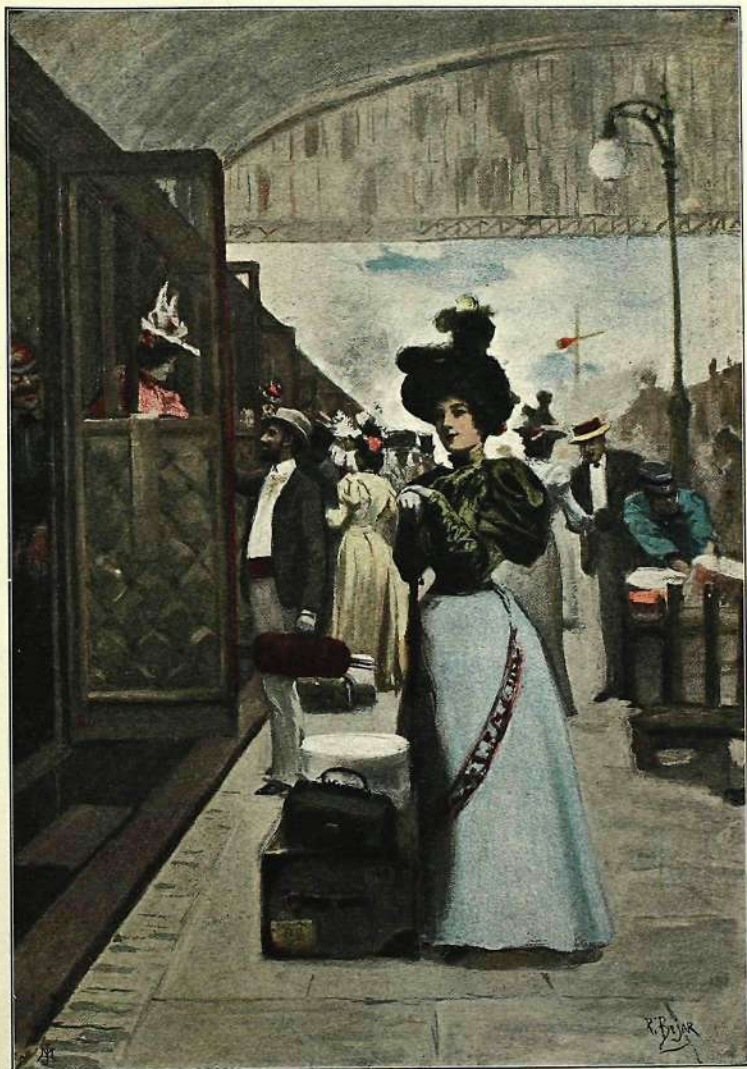
4. ¡Aseguremos el golpe!



5. ¡Ya eres mío!



6. ¡Y no va á ser banquete el que me voy á dar!



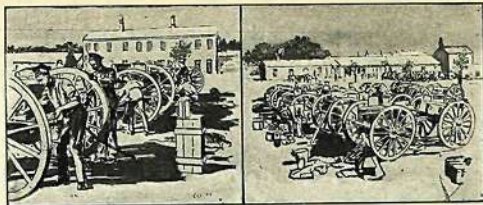
DE VUELTA DEL VERANEO

Ayuntamiento de Madrid

LA GUERRA ANGLO-BOER

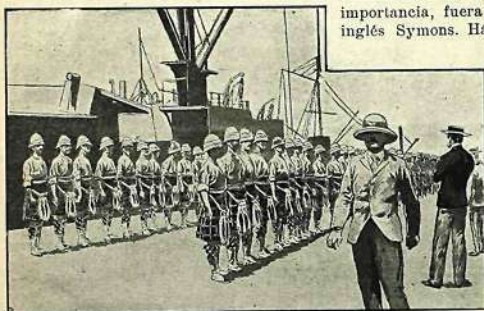


FRENCH, GENERAL DE CABALLERÍA



ENTANDO LAS CURBAS EN ALDERSHOT.—LOS ARMONES PUESTOS Á SECAR

No les sale por ahora la cuenta á los ingleses, que cuentan con más fracasos que ventajas en su lucha contra el Transvaal. La tan decantada victoria de Glencoe se ha convertido en un combate de poca importancia, fuera de haber costado la vida al general inglés Symons. Hállanse sitiadas Kimberley, Dundee y



EMBARQUE DE UN BATALLÓN DE «GORDONS» (SCOTCHES) EN DOMBAY PARA EL CABO

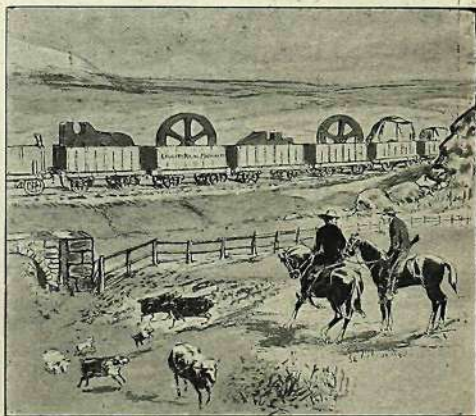


GENERAL JORGE WHITE

otras poblaciones de Bechuanalandia y el Natal, y ya empiezan los ingleses á decir pestes del gobierno, al que tachan de improvisador. Sin embargo, es difícil admitir la idea de que los Boers rechacen la agresión de los británicos; probablemente éstos



GENERAL FORESTIER WALKER



TRANSPORTE DE MAQUINARIA Á TRAVÉS DE LAS POSICIONES INGLÉSES

acabarán por entrar en Pretoria é impondrán allí su ley, pero aun así su dominación en el Transvaal habrá de ser muy onerosa, pues se trata de gente tenaz, descendiente de aquellos holandeses que desafiaron nuestro poder en tiempo de Felipe II, y nos obligaron á dejarles tranquilos.

Por lo demás todas las suposiciones de que se formaría una alianza para acabar con la rapacidad inglesa (idéntica á la rapacidad alemana, japonesa, etc.) se han disipado como el humo. Consta que Alemania le guarda las espaldas, por si Rusia intentara algo.



LADYSMITH, CUARTEL GENERAL DE LOS INGLESES EN LA NATALIA, Ó NATAL



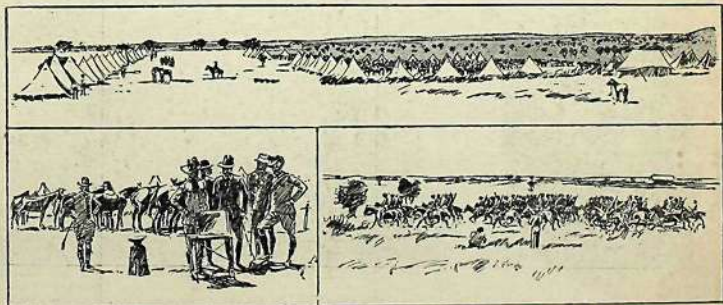
GENERAL LORD METHUEN



† BRIGADIER W. SYMONS



LA POSICIÓN DE MAJUBA VISTA DESDE NEWCASTLE



EL CAMPO INGLÉS DE MAFÉKING CAÍDO EN PODER DE LOS BOERS.—CAMPAMENTO LE RAMATHLADAMA
UNA FRAGUA DE CAMPAÑA.—MANIOBRAS



LA TARANTELA

Ayuntamiento de Madrid



AMOR DE ESPOSA

Alberto era un hombre completamente feliz: se había casado hacía dos meses con Amalia, encantadora joven de prodigiosa hermosura que le adoraba con todo el fuego del primer amor.

Esta dicha de Alberto era envidiada de un modo terrible por Rodolfo, un amigo de la infancia, que de mucho tiempo atrás amaba ó más bien deseaba ardientemente los encantos de Amalia, que antes de casarse le había rechazado; pero Alberto nada sabía de esto; Rodolfo ocultábase cuidadosamente su pasión y aquél seguía le dispensando la más cariñosa amistad y la confianza más ilimitada.

Después de haber pasado recorriendo Italia el mes que siguió al día de su casamiento, Amalia y Alberto regresaron á Madrid, instalándose en el bonito hotel que aquel había adquirido para que fuese el nido de sus amores. Como era natural, la primera persona invitada para las reuniones íntimas que el feliz matrimonio inauguró, y á su mesa dos veces por semana, fué Rodolfo.

Pasó el tiempo; Rodolfo supo disimular tan bien que Amalia consideró muerta aquella pasión y reemplazada por una franca y leal amistad por lo que juzgó oportuno ocultar á su esposo las antiguas pretensiones del joven, quien desempeñaba á maravilla el papel del amigo de confianza á la vez que respetuoso. Pero aquello no podía continuar; á Rodolfo le atenaceaban cada día más sus deseos.

Una noche de invierno, Alberto invitó á su amigo á que los acompañara al Teatro Real en donde los amantes esposos tenían un abono á palco.

En el *foyer* un amigo detuvo á Alberto, el cual, dirigiéndose á su esposa y á su amigo, les dijo:

—¡Andad, que al momento soy con vosotros.

Amalia y Rodolfo penetraron en el palco cuya puertecilla abrió el acomodador cerrándola después.

En el antepalco Amalia se despojó del albornoz y ayudada por Rodolfo del magnífico abrigo de pieles.

Sus torneados brazos, su prominente seno y sus espaldas que apenas velaban en pequeña parte el amplio descote del traje quedaron al descubierto. Rodolfo poseído de un vértigo, estampó un beso en la nuca de Amalia en la que jugueteaban los negros rizillos de su cabello y exclamó con ronca voz:

—¡Mía! ¡Eres mía!

Pero Amalia con una fuerza superior á lo que podía esperarse de su sexo, le rechazó bruscamente haciéndole retroceder dando traspies hasta chocar con el espejo del tocador que rompió con su cabeza, en tanto ella pontase de pie, roja de ira y de vergüenza. En aquel momento se abrió la puertecilla del palco y entró Alberto quedando sorprendido del cuadro que se presentó á su vista.

—¡Salga usted miserable! exclamó.—¡Mañana, ó mejor, esta noche tendrá usted noticias mías!

Rodolfo no replicó y salió del palco.

Un asunto urgentísimo obligó á Alberto á salir al siguiente día, encargando que si llegaban á buscarle dos caballeros le esperaran en su despacho ó bien le dejaran por escrito y bajo sobre lo que

tuvieran que comunicarle. Amalia se enteró del recado y supuso que los caballeros á quienes esperaba su marido no eran otros que los que habrían de servirle de testigos en el inevitable desafío que ya se



habría concertado entre él y Rodolfo. Al sentir el ruido de un coche que paraba á la puerta del hotel, Amalia corrió al balcón y á través de los cristales vió aparecer y penetrar en el portal á dos caballeros.

—Ellos son,—dijo y les salió presurosa al encuentro.

Eran, en efecto, los padrinos de Alberto que quedaron sorprendidos al encontrarse frente á Amalia. Esta les hizo un gracioso saludo, y con la mayor amabilidad les dijo lo que le había encargado su marido.

Los dos caballeros, á invitación de la señora, entraron en el despacho, no tardando mucho en salir, y pocos momentos después abandonaban el hotel.

Cuando Amalia vió partir el coche, corrió al gabinete de su marido. La carta estaba sobre la mesa; abrióla y leyó rápidamente:

«Sr. D. Alberto del Camino.

Muy señor nuestro: cumpliendo su encargo fuimos á visitar al

Sr D. Rodolfo Arias quien á su vez nos indicó cuando podríamos entendernos con dos amigos de su confianza, como lo verificamos, quedando todo convenido en las condiciones siguientes:

A espada. Hora mañana á las 7 de la misma en la quinta de ***. Término, la muerte ó imposibilidad absoluta de continuar cualquiera de los dos adversarios.—M. y Z.

Amalia tomó una pluma y con gran habilidad convirtió en un 8 el 7 que indicaba la hora.

La mañana estaba fría. En una alameda de la quinta de *** se paseaban en dos grupos cinco caballeros elegantemente vestidos. Detivose un coche y se apeó de él Amalia acercándose á los padrinos de su esposo.

—¿Señora! ¿Qué es esto?—exclamaron ambos estupefactos.

—Esto es que ese caballero,—y señaló á Rodolfo,—es á mí á quien ha ofendido y por lo tanto á mí me toca lavar la afrenta.

—¿Imposible!—exclamaron los cinco.

—¿Por qué?

—Yo no puedo batirme con una señora.

—Pero pudo usted insultarla—respondió, y viendo próximas dos espadas las cogió y tiró una á los pies de Rodolfo diciéndole:

—¿En guardia, cobarde!

—¡Nunca!—Y Amalia entonces hirió el rostro del joven con la punta de la espada.

En esto llegó al sitio de tan singular escena un coche, del cual se apeó ó más bien se arrojó un hombre; era Alberto que al ver á su esposa exclamó:

—¡Amalia! ¿A qué has venido aquí?

Luego la arrancó la espada y dirigiéndose á Rodolfo le dijo:

—¿En guardia, en guardia!

Pero Rodolfo lejos de tomar la espada cayó de hinojos ante su antiguo amigo, exclamando:

—¡No! Alberto, sería horrible... ¡perdona mi demencia que ya está castigada ó máteme porque no he de defenderme!—y desabrochando sus ropas presentó á su adversario el pecho desnudo.

Alberto bajó el acero.

—¡Adiós, no volverás á verme!—exclamó Rodolfo, y levantándose se alejó presuroso de aquel sitio.

—¿Qué has hecho Amalia?—preguntó Alberto á su esposa.

—¡Protestar contra las leyes sociales que no le permiten á una mujer lavar las manchas de su honor por su propia mano!



LOPEZ DEL ARCO

Ayuntamiento de Madrid

• EPITORIA •

CELEBRIDADES ANTIMUSICALES

Catalina II se expresaba así, respecto al divino arte: «Podría estar me oyendo música toda la vida; no me produciría efecto alguno. Para mí sería estrépito, y nada más que estrépito».

Beaumarchais, encarnizado meló-fobo, decía: «A lo que no merece ser hablado se le pone música.»

Teófilo Gautier opinaba que la música era el más caro de los ruidos.

Fontanelle declaraba que no podía comprender tres cosas: el juego, las mujeres y la música.

Napoleón I aseguraba que la música le ponía nervioso. Dejaba, sin embargo, que las charangas militares tocaran en la plaza situada frente al Hospital militar, para que los enfermos se animasen.

Napoleón III «apostaba» la música con mucha abnegación.

Victor Hugo respondía á cuantos solicitaban poner música á sus versos: «¿Qué? ¿No tienen acaso mis composiciones bastante armonía?... ¿Por qué cometéis mis versos á sonidos desagradables?»

El rey Humberto le gustan únicamente los pasos dobles que tocan las músicas militares.

EL ACETILENO COMO FUERZA MOTRIZ

La mayor dificultad que se oponía hasta el presente á la aplicación del acetileno como fuerza motriz era debida á la dificultad de obtener, sin peligro, una llama no iluminante, prueba de una completa combustión. Esta dificultad acaba de ser vencida gracias á un nuevo procedimiento debido á una de las fábricas de acetileno de Berlín.

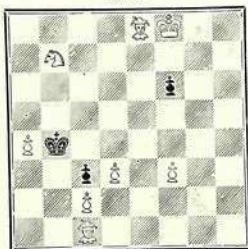
El acetileno se emplea actualmente para producir la fuerza motriz, de igual manera que el gas de hulla ordinario ó el gas de agua.

Para obtener el máximo de energía el gas debe mezclarse con

Problema de ajedrez núm. 13

POR C. M.

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 4 jugadas

el aire en proporciones definidas, y parece que la fuerza desarrollada por la explosión del acetileno, completamente quemado en el cilindro, es mayor que la obtenida con el gas de agua.

A la entrada de una iglesia se lee el siguiente letrero:

Aviso á los fieles

Las personas que regalen velas á la parroquia serán puestas en el altar.

PARA VOLVER NUEVO EL TERCIPOELO

Mézclense dos cucharadas de amoníaco y dos de agua caliente: extiéndase esta solución con un cepillo duro sobre el terciopelo, frotando bien para hacerla entrar en los polos de manera que alcance á todas las manchas y los menores pliegues. Cúbrese entonces una plancha caliente con un trapo mojado y se la aplica por encima del envés del terciopelo hasta que el vapor que se escapa levante el pelo de la tela y esté todo perfectamente seco.

CANTARES

No me pidas que te lleve otra vez á los teatros, que para mirar sombreros no es preciso gastar cuartos.

Delante de mi butaca sobre una cabeza vi un colosal sombrero: por eso la conocí.

Es tan fácil engañarse uno á sí mismo sin advertirlo, como difícil engañar á los demás sin que lo adviertan.

La Rochefoucauld.

CHARADA

El que una *cuatro* las cuentas podrá dormir bien tranquilo y el que una *dos* al prójimo del mayor loor es digno. En la isla de *tres* segunda hay panteras de lo fino; si mi *primera* le falta es todo manjar insípido. El *todo* con gran frecuencia se repite (¡oh fin de siglo!) en Madrid, en Barcelona, en Gijón, Priego, y lo mismo en otros pueblos, aparte de toros y de novillos.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

D T

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Fósforo.

Jeroglífico comprimido.—Sobre viviente.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITRARIAS * INSCRÍPTOS Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid